

## Salvando el Edén de Lowry

por John Spencer

“¿Le gusta este jardín  
que es suyo?  
¡Evite que sus hijos lo destruyan!”  
...Últimas palabras de *Bajo el volcán*

El Cónsul vio estas palabras en el letrero de un jardín y las tradujo mal: “¿Le gusta este jardín? ¿Por qué es suyo? ¡Expulsamos a quienes destruyan!”

En *Bajo el volcán*, como Lowry lo explicó, la imagen del jardín está asociada con el jardín del Edén que se puede ver como el jardín del Cónsul o México o, en un sentido más amplio, el mundo entero.

El jardín de Lowry en Cuernavaca aún existe. La casa todavía existe, aunque dilapidada si no una ruina. “¡Expulsaremos a quienes lo destruyan!”, fue la traducción del Cónsul. Palabras poderosas y difíciles de poner en práctica “...porque, mucho después de haber abandonado Adán el paraíso, seguía ardiendo la llama en su hogar”. ¿Cómo mantener la luz de Lowry encendida allí? El gobernador del estado de Morelos ha declarado que, por sus asociaciones culturales, la casa es de interés público y propone que se hable con el dueño con el propósito de comprar la propiedad.

La casa de la calle Humboldt no. 17, como la casa donde nació Dickens en Portsmouth o la casa en la plaza Gough en Londres donde el doctor Samuel Johnson compiló su diccionario, impresiona por asociación más que por su apariencia física. Las dos casas mencionadas están preservadas con mucho cuidado y cariño, pero la casa de Lowry muestra un contraste triste. Ha sido comprada por el señor Adán Cortés Noguero quien acaba de tirar una parte y hacer hoyos en la fachada para colocar cortinas de hierro, y quien me dio a entender que no está interesado en los “aspectos culturales” de la propiedad sino en hacerla rentable. Las cortinas de hierro muestran bien su intención.

El estado de Morelos, sin embargo, no tiene fondos para invertir. Para superar este problema es necesario formar un fideicomiso con un director que se encargue de recaudar fondos, no sólo para comprar la casa sino también para restaurarla como Lowry la conoció en la vida real y como estaría de acuerdo con la imagen que M. Laruelle tiene de ella. En su estado actual no es fácil, en principio, conciliar la visión de la casa de M. Laruelle en *Bajo el volcán*, con la realidad. El peligro en que se encuentra, muestra, con un enfoque clarísimo, el problema que constituye el derecho de los títulos de propiedad privada. Por

una coincidencia curiosa, el famoso general mexicano Lucio Blanco, hermano de la casera de Lowry en 1946, Margarita Blanco, fue el primero en organizar el reparto de tierra a los campesinos en 1917. El propio Lowry convirtió esta historia en un aspecto determinante en el episodio del jinete fatalmente herido —se trata de uno de los empleados del Banco Ejidal que trabajaban, con mucho riesgo, trasportando dinero para el desarrollo de los terrenos recién entregados—. En Lowry el arte y la realidad se entrelazan vigorosamente. En 1925, Lucio Blanco mismo fue asesinado.

Con excepción de la base, la torre *art decó* con sus ventanas ochavadas ha desaparecido. La otra torre y el pasillo angosto que las conectaba se han perdido totalmente. Tampoco está la inscripción en hoja de oro que decía, “No se puede vivir sin amar”.

Esta casa excéntrica cuya apariencia se describe en *Bajo el volcán*, está documentada por fotos antiguas y es la locación perfecta para un director de cine exiliado como M. Laruelle. Por eso no es sorprendente que el más entusiasta de los que quieren preservarla sea el señor Juan Pérez Padilla, director del instituto de Cine de Morelos, quien ha dirigido muchas películas durante su carrera. En nuestro primer encuentro me dijo: “no te preocupes, vamos a salvar la casa”. Si se puede juzgar por la enorme energía y persistencia del señor Padilla es seguro que sí. Viendo que el señor Padilla y M. Laruelle tienen la misma vocación, es interesante anotar que en la película sobre la novela de Lowry, John Huston eliminó el papel de M. Laruelle. Lowry mismo comentó sobre los pensamientos retrospectivos de Laruelle en el capítulo I: “superficialmente puede verse sin complicaciones, desde un punto de vista cinematográfico obvio, como la rueda del tiempo que nos lleva hacia atrás, hasta llegar al año anterior, y al capítulo 2, y en ese sentido, si queremos, podemos contemplar el resto del libro a través de los ojos de Laruelle, como si fuera creación suya”. Así, en la versión de la película, no es tanto que el papel de Laruelle haya desaparecido sino que ha cambiado al otro lado de la cámara, John Huston juega ese papel.

Además de los esfuerzos del señor Padilla también tenemos un equipo de arquitectos de Cuernavaca encabezado por el señor Alfonso Toussaint que está trabajando en un proyecto llamado “la nueva imagen de la ciudad”, inaugurado por el gobernador de Morelos, Dr. Lauro Ortega. Con el apoyo de sus colegas, el señor Toussaint ha formulado un reporte detallado sobre la habitación de Lowry promoviendo las ventajas de un jardín grande en el centro de Cuernavaca.

Parece que se encuentran menos pájaros y mariposas en Cuernavaca que en los días de Lowry. Hasta los zopilotes se fueron. “Antes se congregaban en la barranca” me dijo el licenciado Sergio Estrada Cajigal, quien es una autoridad en la historia de Cuernavaca. También me dijo que en la parte más baja del jardín, en la propiedad de Lowry, había un teatro de estilo griego construido sobre el declive de la barranca. Él tiene una foto antigua de la casa sobre la calle con las torres completas, el pasillo y la barda sin el letrero “No se puede vivir sin amar” tan familiar para todos los amantes de *Bajo el volcán*, pero con uno que dice: “Anfiteatro”. Otra foto muestra el anfiteatro. El padre del licenciado Estrada, Vicente Estrada Cajigal, quien fue gobernador del estado de Morelos al principio de los 30, y su madre, están en la foto entre los espectadores. La propiedad de Lowry, como su

novela, vibra con asociaciones mítico-poéticas y políticas. Me hizo recordar una anécdota, probablemente apócrifa, de cómo en tiempos antiguos el teatro de Siracusa se atascaba con ansiosos espectadores observando el resultado de la batalla en la bahía para defenderse contra los atenienses. En el escenario de Lowry, los actores y los espectadores por igual contemplan la batalla del Ebro, la novela está entremezclada con reportes de noticias sobre la batalla. Lowry explicó que la batalla del Ebro simboliza toda guerra.

“Hola-bichito-mi-Priapibichito, mi Edipichibichito...” “¡Cómo! ¿Eres tú, mi popogato?” El gato se mueve a través del juego de palabras del Cónsul desde el mito griego hasta el volcán mitológico y terrestre que da título a la novela, y que puede verse todavía desde allí, encima del jardín, en días claros. El jardín baja hacia la barranca que, en la mente de Lowry, simboliza la misma parte negativa y diabólica del Popocatepetl. Cuenta una leyenda, que yo no he escuchado en otro lado, que la barranca se partió en el momento de la muerte de Cristo. Todos estos elementos lowrianos están contenidos en una propiedad no muy grande del centro de Cuernavaca —jardín, alberca, vista del volcán, el bungalow donde tal vez empezó la novela, la casa que él mismo entregó a Laruelle y que luego, siguiendo las huellas de su creación, acabó habitando—. Ciertamente, estos elementos deben estar dedicados a quien es considerado por muchos como uno de los primeros cinco escritores de este siglo y quien a través de su *opus magnum* ha hecho de Cuernavaca un lugar conocido en todo el mundo.

Hay varias sugerencias sobre qué carácter debe tomar la propiedad. Un centro cultural o una biblioteca con libros dedicados a Latinoamérica, donde haya una extensa obra de consulta para el estudio de extranjeros distinguidos como Humboldt y Dwight Morrow, sin dejar de mencionar al más controvertido de todos, Hernán Cortés.

Pero de todos los extranjeros, Lowry ocupa un lugar muy especial en Cuernavaca. Él es parte de un fenómeno curioso: en la década de los 30, varios de los mejores escritores ingleses vinieron a México y produjeron obra con temas mexicanos que dio brillo a sus nombres. La mayoría de ellos aún no son famosos aquí, pero sin duda lo serán. Por supuesto que este fenómeno literario debe ser una fuente de orgullo. Sin embargo yo vacilo en recomendar a cualquiera de mis amigos mexicanos *Los caminos sin ley* de Graham Green, por la manera en que el autor se obsesiona con su odio por México y su disgusto por los mexicanos. También D. H. Lawrence en *La serpiente emplumada* encuentra maldad inherente en México. Hasta la mirada de los mexicanos le molesta. “Ellos no tienen centros”, dice él. Ambos, Graham Green y D. H. Lawrence, hasta están despreciándolos igual que Aldous Huxley en *Más allá del Golfo de México*. El libro que yo recomendaría de un escritor inglés de genio sería *Bajo el volcán*. Entre los autores que para mí pueden ser considerados grandes con justificación total, solamente Lowry es capaz de decir “en ninguna parte del mundo existe gente más humana ni más propensa a la simpatía que los mexicanos”. Y él era el único, en la corta lista de escritores ingleses importantes, que fue encarcelado dos veces y expulsado de este país. Pero, su visión era demasiado verdadera para que esto y otras indignidades pudieran distorsionar su opinión sobre el pueblo de México en general. Lowry tenía un don instintivo para entender los símbolos y los varios niveles en que un solo objeto puede ser comprendido, que, de alguna manera, está

enraizado en el arte y pensamiento aquí. Esto puede aplicarse a Henry Moore que tiene muy clara la importancia de su deuda con el arte antiguo en México.

Por su parte, Lowry me hace pensar en un detalle de una escultura náhuatl que probablemente ni él ni Henry Moore vieron. La escultura se encuentra actualmente en el Museo Nacional de Antropología y representa a un hombre cargando un ídolo obviamente muy pesado en su espalda con una banda que sostiene sobre su frente. Para citar *Bajo el volcán* “doblado en dos, gimiendo bajo el peso, un indio viejo y cojo llevaba sobre las espaldas, mediante una correa atada a la frente, a otro pobre indio aún más viejo y decrepito que él”. En otra parte, Lowry describió esta imagen del indígena cargando a su padre como una nueva exposición y universalización “del tema de la humanidad que se debate bajo el peso eterno y trágico del pasado. Pero tiene también una resonancia freudiana (el hombre que eternamente soporta el peso psicológico del padre), sofóclea, edípica, que vuelve a relacionar al indio con el cónsul”.

Esta manera de relacionar al Cónsul con el indígena, me conmueve. Aunque él mismo se relacionó de otra manera. El Cónsul nació en la India, la tierra que Colón confundió con el Nuevo Mundo. El fruto de esta equivocación subsiste, los indígenas de este hemisferio continúan siendo llamados así y confundidos con los verdaderos Indios, llamados a su vez con la misma inexactitud, como hindúes. Los bebés nacidos de administradores ingleses de la generación de los padres del Cónsul estuvieron entregados a nanas hindúes como era la costumbre entonces; por lo menos en el inicio de sus vidas, esos niños tuvieron una relación muy cercana con los humildes de ese subcontinente. En el transcurso de la novela, el Cónsul y su medio hermano Hugh, frecuentemente se nutren con reflexiones acerca de su tierra de nacimiento. En algún momento el Cónsul compara el Jardín Borda con el jardín que conoció en Srinagar. Y desde el primer capítulo el lector está informado que Quauhnhuac se encuentra ubicada en el paralelo 19 igual que el pueblo de Juggernaut en India, sobre la Bahía de Bengala, conectando así la India real con la india de Colón. El incremento del interés de México por India está ilustrado por el hecho de haber designado a su poeta más grande, Octavio Paz, como embajador allá, y de haber colocado una estatua de Gandhi en una calle del parque Chapultepec que también lleva su nombre. Para el Cónsul, India fue el lugar de su niñez, tenía allí la misma edad de los niños que lo persiguieron en la feria donde tuvo que refugiarse en la “máquina infernal”. Fue Chagall quien dijo que uno no puede caminar entre niños sin recordar su propia niñez, su edén perdido. India fue el edén perdido del Cónsul, México el último del que fue expulsado.

El Cónsul fue arrojado moribundo al fondo de la barranca y alguien tiró tras él un perro muerto. Mucho antes, en la novela, “un repugnante perro callejero...” lo sigue a su jardín cuando regresa allí con Yvonne. Más tarde, él piensa, “Paria: también eso quería decir tambores”, después de reflexionar sobre los tambores que parecen estar todavía tocando desde la noche anterior. La conexión con India de nuevo: “paria” viene de una palabra tamil que significa tambor. Parias fueron los que heredaron el oficio de tamborileros en la aldea, y uno podría decir que el Cónsul fue “corrido a tamborazos” del Edén. En otra parte él dirige la palabra a un perro paria diciéndole, “hoy estarás conmigo en...”, palabras de Cristo al ladrón arrepentido. Sólo después de la muerte, es posible que el Cónsul encuentre

el paraíso. Quizás el perro que tiraron en la barranca después de él, fue el mismo a quien le habló en la cantina. Se trata de una imagen cristiana: el perro paria es como el ladrón que robó el cielo. También evoca la imagen náhuatl del perro que acompaña a las almas en el inframundo. Asimismo, pienso en la tradición de tocar los tambores durante las ejecuciones.

“Expulsamos a quienes destruyan”. La comprensión de Lowry del misterio de Edén parece ir más allá de su entendimiento. ¿Conoció Lowry la doctrina cristiana de la Virgen María como la segunda Eva?, “la virgen de los que no tienen a nadie”, como dice el doctor Vigil de una manera inquietante. *La Salve*, que es una antigua oración a la Virgen, parece como una extensión del espíritu de Lowry aunque fue escrita por san Germán Contractus “el inválido”. Quién puede alabar mejor con himnos a la Virgen que los que no tienen “a nadie”... Pienso en el mutilado de una pierna de Lowry que regaló su dinero a un mendigo sin piernas, un método acelerado para regresar otra vez a amar en nuestro edén imperfecto. Representa un rasgo de imaginación el que Franco Zeffirelli haya puesto la música de la Salve, durante la escena en la recámara de su *Romeo y Julieta*. “A ti llamamos los desterrados hijos de Eva. A ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas”. El Cónsul no tiene “a nadie” porque no sabe amar. Es interesante que, años después, un residente de Cuernavaca, Erich Fromm, escribiera *El arte de amar*. Allí define la incapacidad de amar como una forma de locura que la mayoría de las personas comparten hasta cierto punto. En *Bajo el volcán* la embriaguez del Cónsul simboliza esta locura, no sólo la del Cónsul, también la del mundo que se encuentra cerca del abismo. En la mente del Cónsul se desatan las fuerzas destructivas que incluyen el uranio y el plutonio y presagian la bomba atómica. Lowry se lamentó de que su libro fuera publicado hasta después de la bomba atómica. La verdad, sin embargo, es que el libro fue más profético de lo que él se imaginó. Las bombas de Hiroshima y Nagasaki fueron muy pequeñas comparadas con las armas nucleares que nos amenazan hoy en día. Y Nicaragua, el nombre que Lowry dio a la calle Humboldt, es horripilante en sus posibles implicaciones acerca de nuestro futuro o ausencia de futuro. Lo escrito en la casa de M. Laruelle: “no se puede vivir sin amar”, es un mensaje más urgente que nunca. Alguien tiene que comenzar en algún lado y pronto. ¿Qué mejor comienzo que rescatar la casa y el jardín de este gran y compasivo escritor? Sería un gesto para salvar el edén que es el mundo entero... Porque es nuestro...

Traducción de John Prigge y Félix García  
Cuernavaca, Morelos, 2007